

Sección Bibliográfica

CLARIN, CRITICO LITERARIO

Con Clarín sucedió un hecho curioso: durante mucho tiempo, su labor como crítico absorbió la atención de quienes se preocupaban por él, haciendo aparecer su figura de novelista como el producto más o menos frustrado de sus deseos de creador, hasta el punto de que un crítico contemporáneo opinaba de *La Regenta* que era una novela muy larga con algunos aciertos. Ahora se ha invertido el orden de las preferencias, y, mientras todos estamos de acuerdo en reconocerle como autor de una de las mejores novelas del siglo XIX, no comprendemos su postura crítica en muchos aspectos.

El libro de Sergio Beser (1) es muy útil en este sentido, porque supone una revisión—si no exhaustiva, sí muy amplia—de la obra crítica de Clarín. Este libro tiene para mí un inconveniente (no se puede decir en modo alguno un defecto), y es la postura del autor: no se trata de una crítica, sino de una justificación. Para que nadie se llame a engaño, se nos advierte en el prólogo: «No me he enfrentado a la producción crítica de Clarín con la fría objetividad del científico, sino con el fervor partidista de quien examina una obra y una personalidad, a las cuales se siente unido por una cordial simpatía; de ahí que este trabajo tenga más de intento de justificación que de interpretación y estudio.» Y es justamente esta postura lo que hace que algunos de los puntos tratados no nos satisfagan plenamente. Pero antes de tratar esos puntos quiero hablar de otras cosas.

El libro es, evidentemente, mucho más que una justificación, al menos en el sentido panegírico con que solemos emplear esta palabra. Es un estudio documentado, serio e inteligente sobre la obra crítica de Clarín. Hecho con simpatía, eso sí.

Cada uno de los puntos tratados en el libro lo está con una amplia perspectiva histórico-social. De los seis capítulos de que consta la obra, el primero está dedicado a trazar un panorama de la crítica en la segunda mitad del siglo XIX, constituyendo una especie de introducción a los otros cinco, donde se estudia ya la obra de Leopoldo Alas: su

(1) SERGIO BESER: *Leopoldo Alas, crítico literario*. Biblioteca Románica Hispánica. Ed. Gredos, Madrid, 1968.

producción en libros, folletos y obras narrativas; las características de su crítica; sus opiniones y críticas sobre poesía (cap. IV), teatro (V) y novela (VI). En cada uno de estos capítulos, antes de penetrar en la obra de Clarín, se examina la situación en que se encontraban esos géneros en la época, sus cultivadores, las corrientes ideológicas, etc. De tal manera, que la figura de Leopoldo Alas se nos aparece perfectamente delimitada y centrada en el tiempo, en la situación histórica y literaria de España y de Europa. Hay en esto un rigor y una precisión de límites que recuerda las tesis doctorales. Rigor que le lleva en ocasiones a aclarar aquellos términos que pudieran resultar equívocos o que se prestan a discusión. Por ejemplo, cuando habla de la «generación de la Restauración», puntualiza el sentido que le da a este término e indica qué teoría sigue (la de Cavaignac y Renouard). O, al comenzar a hablar de «crítica literaria», intenta una delimitación de este concepto, subrayando «la dificultad de definir o limitar la crítica literaria; en última instancia, depende siempre del método utilizado por el crítico». Otra muestra del rigor con que se ha llevado a cabo este estudio es la abundante bibliografía que ha manejado y, sobre todo, la indicación que hace el mismo autor de las «limitaciones voluntarias» de su trabajo. Se nos dice, efectivamente, en la conclusión, que no ha examinado las colaboraciones de Clarín en una serie de publicaciones tales como *El Cascabel*, *El Español*, *La Opinión*, etc. Esto no constituye en absoluto un demérito para el libro, ya que el material consultado es amplísimo, y no es probable que las deducciones hechas sobre él tengan que ser modificadas. Y, por otra parte, esa indicación del autor deja abierto un camino para futuros trabajos sobre el crítico asturiano, señalando hacia dónde deben dirigirse las pesquisas del investigador que quiera aclarar algún aspecto problemático.

Para llevar a cabo su tarea de «justificación», Sergio Beser tiene que hacer frente a muchos tópicos que se han acumulado sobre la persona y la obra de Clarín. Uno de los más repetidos es el del diferente trato que da a las figuras consagradas y a las medianías, opinión que aparece recogida en diversas obras críticas. Sergio Beser cita como ejemplo de esta postura a Max Aub: «No creo que su nombre de crítico sea duradero. Su posición es antipática. Se ensaña con los tristes segundones sin importancia y pasa, como sobre ascuas, los defectos de los poderosos. De ambas facetas sacó fama desmesurada.» Lo que dice Max Aub, aunque exagerado, es cierto. Sin embargo, después de leer los argumentos de Beser, comprendemos esa postura de Clarín que en un primer momento resulta antipática. En definitiva, se trataba de aclarar, de ennoblecer, de elevar el panorama literario de España. Cla-

rín declara que todos sus esfuerzos van encaminados a «mostrar gráficamente, por la argumentación, por el ejemplo, por la sátira, como pueda, la pequeñez general, y a procurar que resalte lo poco bueno que nos queda, a venerarlo y estudiarlo con atención y defenderlo con entusiasmo». Por eso arremete contra los escritores de segunda fila, haciendo uso de una crítica que él llamaba «policíaca o higiénica», y que debe ser considerada como un medio de reforma social más que literaria. A Clarín, más que los escritores malos, le molesta la ignorancia de un país que los considera buenos. Y eso es lo que pretende cambiar. Por otra parte, leyendo las críticas que dedicó a autores consagrados, se puede advertir una dosificación muy saludable de elogios y defectos. Clarín no tuvo inconveniente en considerar a Alarcón como «un artista seguro, una imaginación riquísima», al mismo tiempo que calificaba su ideología de vulgar y reaccionaria, y criticaba su estilo y su falta de cultura. A doña Emilia Pardo Bazán le concedía uno de los primeros puestos en las letras del país, sin que por ello dejara de criticarla con una dureza rayana en la grosería. (Muerto Clarín, escribía la novelista gallega a E. Ferrari estas palabras, que reproduce Sergio Beser: «¿Quién nos desgarrará como aquel perro? Mire usted que yo pasé cinco o seis años de mi vida sin que un solo instante dejasen de sonar en mis oídos los ladridos furiosos del can.») Valera es considerado por Clarín como el mejor prosista español, pero de él dijo que su estilo era inadecuado para el género novelesco y que carecía de la impersonalidad narrativa, imprescindible para un novelista. Creemos, como Sergio Beser, que, cuando se ponen tales objeciones a autores consagrados, la imparcialidad del crítico está fuera de duda.

En cuanto al apasionamiento de que a veces se le acusó, el autor defiende que la pasión sólo le cegó en el caso de Cánovas, con quien se ensañó y a quien materialmente deshizo como escritor, como orador, como político, como historiador y como hombre. Pero si la objetividad crítica no resplandece aquí como contrapartida se le puede considerar como «una verdadera obra maestra del libelo y uno de los escritos de mayor gracia que nos dejó Clarín».

Otro de los puntos que necesita justificación en la obra de Clarín es su admiración por Echegaray, Campoamor y Núñez de Arce. Hoy nos resulta difícil comprenderlo. «Sin embargo, esta admiración—nos dice Sergio Beser—no era incondicional, y estaba sujeta a muchas dudas.» A través de las palabras del mismo Clarín, nos damos cuenta de su inseguridad. Muy posiblemente, no estaba de acuerdo con el gusto poético imperante en la época, pero es muy difícil tomar una postura negativa cuando no se sabe dónde está el verdadero camino.

Sus palabras hacen pensar en el refrán: «En tierra de ciegos, el tuerto es rey.» Dice así Clarín:

«Hay que quedar en eso: en llamar grandes poetas, o por lo menos poetas de clase, a los que no lo son, comparados con los más célebres, con los ilustres en todo el mundo.» «Yo bien sé que si vamos a apurar la cuenta con relación a los poetas mayores, pueden considerarse aun como medianos muchos que una y otra vez hemos alabado como primorosos.» Y de Campoamor afirma: «Es uno de los literatos a quien más leo, a quien más trato, a quien más quiero, a quien más admiro; pero si me preguntan: “¿Se salvará o no se salvará?”, respondí que no tengo opinión fija sobre el particular.»

Indudablemente, la falta de poetas y de dramaturgos de verdadera calidad es la causa de esta inseguridad. Es muy difícil juzgar de lo que no existe. Al compararlo con lo que sucedía en la novela, lo vemos más claro. La simple existencia de un novelista como Galdós basta para poner de relieve, ante un crítico inteligente, los defectos de Pereda y de Alarcón, de igual modo que la existencia de éstos destaca las características de un Valera o de doña Emilia. La prueba de este desconcierto crítico que provoca la carencia de escritores valiosos la tenemos en el hecho de que alabanzas semejantes a las de Clarín fueron dedicadas a los mismos poetas por Rubén Darío y Manuel Machado, entre otros. Lo mismo, exactamente, hay que decir respecto al teatro: las alabanzas no fueron tan excesivas como se supone, y el panorama de la época no ofrecía nada mejor en lo que fijar la atención.

Por lo que se refiere a la poesía, me extraña que Clarín no haga ninguna alusión a la obra de un poeta que estaba tan distante del romanticismo de Zorrilla como del prosaísmo de Campoamor. Me refiero a Rosalía de Castro, que publicó en 1880 *Follas Novas* (obra revolucionaria por muchos conceptos), y en 1884, *En las orillas del Sar*. Y me extraña que Sergio Beser no justifique este silencio.

En el capítulo dedicado a las características de la crítica de Clarín se destaca un aspecto interesantísimo: su tendencia a destacar la impresión de tristeza que las obras examinadas provocan en el lector. Escribe Sergio Beser:

«Esta característica la encontramos desde sus artículos de *El Solfeo* hasta los últimos que escribió. La tristeza se encuentra también en la base de su humorismo, y es el sentimiento que nos produce la lectura de sus novelas y cuentos.»

Lo curioso es que Clarín considere la tristeza como condición poco menos que indispensable para la bondad de una obra literaria: «¿Qué será que apenas hay un buen libro moderno que no nos deje tristes?»

Sistematizar el pensamiento de Clarín no es fácil, pero en este punto se puede decir que su idea obedece a tres supuestos. El primero es que el dolor es la fuente del progreso: «Las naciones, como los individuos, progresan con el dolor...» El segundo es que la realidad es triste. El tercero, que el arte debe reflejar fielmente la realidad: «Las tristezas del mundo no nacen de las lamentaciones ni de las filosofías desesperadas, sino de la realidad misma.» «El pesimismo no consiste en reconocer desgracias, miserias, dolores, males particulares; en este punto, el optimista más alegre (y los optimistas pueden ser alegres y tristes) llegará tan lejos como Schopenhauer, si es fiel observador de la vida y sabe sentir y comprender.»

Estas ideas influyen, naturalmente, en sus valoraciones críticas. Así nos explicamos los elogios que prodigó al libro de poemas de Federico Balart *Dolores*, más conmovedor biográficamente—refleja el dolor por la esposa muerta—que artísticamente: «Aquí hay un corazón de veras que sangra sangre verdadera en la soledad de una tristeza que no espera ni admite consuelo humano.» Así nos explicamos también su crítica a *Insolación*, de la Pardo Bazán, a la que calificó de «boudade pseudoerótica de la ilustre dama»: «No hay pesimismo, no hay sarcasmo implícito en esta historia de aventuras indecentes y frías, sosas y apocadas; hay complacencia, casi alegría.» La falta de objetividad de esta crítica es evidente no sólo para los que conozcan la obra criticada, sino para cualquiera que advierta los supuestos desde los cuales se ha criticado. Y aquí estamos rozando el inconveniente del que hablábamos al comienzo, y al que me voy a referir brevemente, porque a un libro hay que juzgarlo por lo que es y no por lo que nosotros pensamos que debía ser: echamos de menos una crítica de la crítica, o, si se prefiere, una valoración de Clarín en la que quedasen de manifiesto sus aciertos y sus errores.

Creo que, dado el conocimiento que demuestra el autor de la obra de Clarín y de los estudios relacionados con el tema, hubiera sido muy útil una de estas dos cosas: o una estructuración de su pensamiento estético para que el crítico actual pudiese juzgar por sí mismo de la pervivencia de sus teorías, o un juicio valorativo del autor, que, dada su documentación, sería digno de todo crédito.

La idea que tenemos de Clarín al terminar este libro es la de un hombre cuyos conocimientos literarios eran muy superiores a lo que era habitual en su época, que hizo de la crítica un medio de elevar la cultura literaria de sus contemporáneos, y estuvo acertado generalmente en la valoración y el juicio sobre novelas. Tuvo algunos grandes aciertos y muchos errores e inseguridades en el enjuiciamiento de poetas y dramaturgos, pero estos errores y esta inseguridad son justi-

ficables y disculpables. Acerca de los supuestos en los que se basaba su crítica, sobre su pensamiento estético, no tenemos ideas claras. Y no es que el autor no hable de ellas; se indica su ascendencia hegeliana, se desarrollan algunos conceptos... Pero a lo largo del libro quedan desperdigadas multitud de citas de Clarín que están necesitando un comentario. A título de ejemplo citaré dos. La primera, como índice de lo que hay de caduco y superado en su estética: «Sólo tiene de real lo que tiene lo real de no asimilable para el arte.» La segunda, como testimonio de lo actual de su pensamiento: «Cada tiempo necesita una manera propia, suya, exclusiva, de literatura.»—MARINA MAYORAL (*Bretón de los Herreros*, 65. MADRID).

DOS NOTAS BIBLIOGRAFICAS

TRES LIBROS DE PEDRO LAIN

En el transcurso de unas semanas, casi de modo simultáneo, han llegado al lector tres nuevas obras del profesor Laín Entralgo; son sus títulos *El estado de enfermedad*, *Una y diversa España* y *El problema de la Universidad*. El primero ha sido editado por la Sociedad de Estudios y Publicaciones (Madrid, 1968; 192 pp.), el segundo lo ha publicado Edhasa (Barcelona, 1968; 275 pp.) y el tercero pertenece a la colección «Cuestiones Españolas», que edita la revista *Cuadernos para el Diálogo* (Madrid, 1968; 154 pp.). Lo singular que ofrecen estos tres volúmenes, al aparecer hermanados, es que en sus textos se hace patente la triple—o mejor sería decir cuádruple—preocupación intelectual de su autor. En efecto, el antropólogo y el patólogo, el interesado, con mente historicista, por el hombre y la situación en que al existente coloca el evento de la enfermedad, es quien ha escrito *El estado de enfermedad*; el español, el preocupado, con fidelidad y lucidez ejemplares, por los problemas de su patria y de su tiempo, da nuevo testimonio en *Una y diversa España*; finalmente, el volumen *El problema de la Universidad* nos hace reencontrar al universitario, al profesor que no hace muchos meses ha cumplido sus primeros veinticinco años de servicios a la Universidad española, fecha que ha sido solemnizada con un nutrido número de la revista *Asclepio*, escrito por discípulos y amigos, y entre estos últimos, por Aranguren y Tovar, Xavier Zubiri, Maravall y Julián Marías, Dámaso Alonso y Rafael Lapesa, Díez del Corral, Chueca Goitia, Teófilo